

mismo cuando justifica su antología en los siguientes términos: «El plan, al seleccionar la obra de Machado, era emprender un paseo despacioso por la *via negativa*; con Machado como guía, se trata de una ruta menos desolada que la que describen los folletos». Estas palabras parecen completar de modo natural la cita de Dionisio el Areopagita que abre el volumen: «Aquellos que por una cesación interior de las funciones intelectuales entran en una unión íntima con la luz inefable..., sólo hablan de Dios mediante negaciones». El Machado que recorre *The Eyes* es un aprendiz de místico. Tomando prestada la expresión de José Ángel Valente, podría decirse que no ha concluido aún «la experiencia del desierto», donde el desierto sería la imagen por excelencia de la negación suprema.

La idea de un «espíritu del original» es, pues, resbaladiza. Hay, desde luego, un nudo de sentido privativo del poema, lo que otros llamarían su «esencia», pero hay más de una razón para sospechar que esa esencia muda fatalmente en cada lectura. Habla Paterson de una subjetividad «desesperada» y no le falta razón. Alguien afirmó una vez que la traducción de poesía era un imposible: las buenas traducciones no eran sino «excepciones». Para quienes creemos en esa esencia irreducible a la crítica y al mismo tiempo creemos (somos practicantes convencidos) en la posibilidad de traducir poemas, la explicación toma siempre forma de paradoja. Definimos la traducción como una forma de lectura porque pensamos que también la traducción ha de activar la médula de sentido del poema. Pero la comparación escamotea un problema fundamental, pues dicha médula va inextricablemente ligada a la red de resonancias y connotaciones de un idioma determinado. Querer activarla fuera de su contexto idiomático es como querer plantar raíces en el aire.

En una entrevista publicada recientemente en *Quimera*, el novelista holandés Jens Christian Grøndahl planteaba el asunto de la traducción desde otro ángulo igualmente paradójico:

Un lector español apenas conoce mis presupuestos culturales como danés. Sólo encuentra mi voz narrativa y mi narración y en este encuentro debo superar por primera vez en serio mi prueba como escritor. ¿Va a decirle mi texto alguna cosa al extranjero? ¿Será para él algo más que un relato exótico y mendaz del frío norte, donde por lo visto se pasean los osos polares por la calle? Ser traducido es simultáneamente una liberación y una pérdida, porque sucede a costa de mi lengua. Sólo me queda esperar que el traductor sea capaz de reescribir mi novela tal y como yo la habría escrito si fuera español. Pero, ¿habría escrito yo alguna vez ese libro si fuera español?!

El dilema no admite solución. O, por decirlo de otro modo: es una de las facetas posibles en que se expresa el misterio de la creación. Todo texto literario es fruto del azar y la fatalidad: replicar las condiciones en que apareció es imposible. La traducción es, pues, una obra diferente, pero es también la misma: algo queda y ese algo es el que nos permite afirmar que hemos leído a Rilke aunque no sepamos palabra de alemán. La cuestión, según se mire, es paradójica o asombrosamente trivial. Nuestra experiencia lectora nos dice que traducir poesía es posible: existen poemas traducidos. Octavio Paz puede haber firmado la versión castellano de *Sendas de Oku*, pero el poema sigue siendo de Matsuo Basho: sin su trabajo no habría original ni traducción. Por otro lado, sabemos que la versión de Paz es un producto de la sensibilidad y dotes literarias del poeta mexicano. *Sendas de Oku* es y no es el poema original de Basho: al modo de un reflejo parcialmente deformado, hace brotar ciertos rasgos latentes del original. No cabe dudar de su autenticidad, incluso si en ocasiones parecen dibujar el retrato de Paz. ¿Y que habría de extraño en ello? Olvidamos fácilmente que un texto contiene y es contenido por sus lectores. El poeta mexicano encontró en el poema de Basho la confirmación de un deseo: al cargarlo de nuevo sentido, fue digno de las expectativas que su existencia había despertado en él.

¿Importa, en rigor, este laberinto de conceptos y paradojas? Sólo si queremos conocer la verdadera naturaleza de nuestras convenciones. Nada nos impide, así, disfrutar ingenuamente con *The Eyes* e imaginar a Machado por las calles sombrías de Edimburgo: la imagen de nuestro poeta bebiendo *ale* en una taberna escocesa bien vale la ocasional licencia traductora. Don Paterson ha realizado un esfuerzo inteligente, que ni siquiera su indisoluble egotismo logra empañar del todo. Sus «imitaciones» son tan de su tiempo como lo fueron en su día las de Charles Tomlinson, pero en ambas late lo que cifra el tiempo y lo trasciende: ritmo, imagen, palabra palpable.

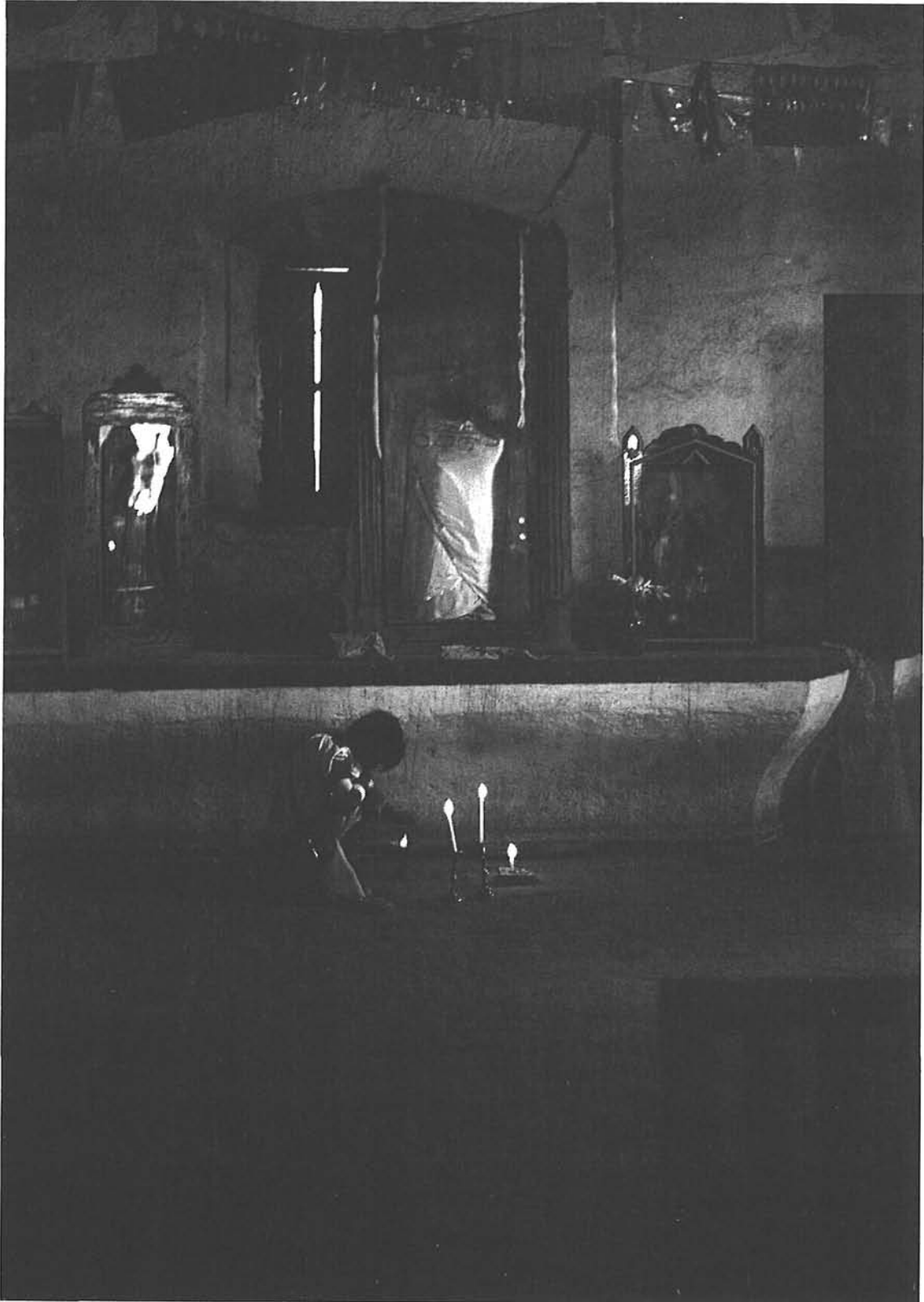


Foto: Pedro Pitarch